



Simón Bolívar

EDUARDO ADÁN OROZCO PIÑÓN

SIMÓN BOLÍVAR: LA GLORIA Y LA TEMPESTAD

SERIE ESTAMPAS DE LA INDEPENDENCIA

SIMÓN BOLÍVAR:
LA **GLORIA** Y LA **TEMPESTAD**

SERIE ESTAMPAS DE LA INDEPENDENCIA

Cultura

Secretaría de Cultura



SECRETARÍA DE CULTURA

Claudia Curiel de Icaza

Secretaria de Cultura



**INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO**

Felipe Arturo Ávila Espinosa

Director General

EDUARDO ADÁN OROZCO PIÑÓN

SIMÓN BOLÍVAR: LA GLORIA Y LA TEMPESTAD



MÉXICO 2025

Portada: Daniel Hernández, *Capitulación de Ayacucho*, 1924.
Museo Central, Banco Central de Reserva del Perú.

Ediciones en formato electrónico:
Primera edición, INEHRM, 2025.

D. R. © Eduardo Adán Orozco Piñón.

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México (INEHRM),
Plaza del Carmen núm. 27, Colonia San Ángel, C. P. 01000,
Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.
www.inehrm.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta, del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito de los editores, en términos de la Ley Federal del Derecho de Autor, y en su caso de los tratados internacionales aplicables; la persona que infrinja esta disposición se hará acreedora a las sanciones legales correspondientes.

ISBN INEHRM: 978-607-549-614-6

HECHO EN MÉXICO



José Gil de Castro, *Simón Bolívar*, ca. 1823.
Colección Museo de Arte de Lima. Fondo de Adquisiciones 2006.



Salvador Pruneda, *Simón Bolívar*, ca. 1960.
Archivo Gráfico de *El Nacional*, Fondo Gráficos. Sobre: B-0092 (009).
SECRETARÍA DE CULTURA.INEHRM.FOTOTECA.MX.

Introducción: el hombre de las dificultades

La historiografía, en su incesante búsqueda de personalidades que moldean el devenir, rara vez se encuentra con individuos capaces de encarnar la totalidad de una era. Son contados los personajes cuyo tránsito no sólo refleja su tiempo, sino que lo define, convirtiéndose en el epicentro de las fuerzas políticas, sociales y militares que disuelven imperios y fundan Estados-nación. Simón Bolívar pertenece a esta estirpe. Su figura no es la de un mero protagonista; fue, más bien, la era misma, con todas sus contradicciones ideológicas, su furia bélica, su genio constitucional y su visión política. Fue, como lo definió uno de sus contemporáneos, el “hombre de las dificultades”: un revolucionario que comandó la emancipación de seis países, un intelectual que articuló los principios de la liberación nacional y un general que libró una guerra sin cuartel por la independencia.

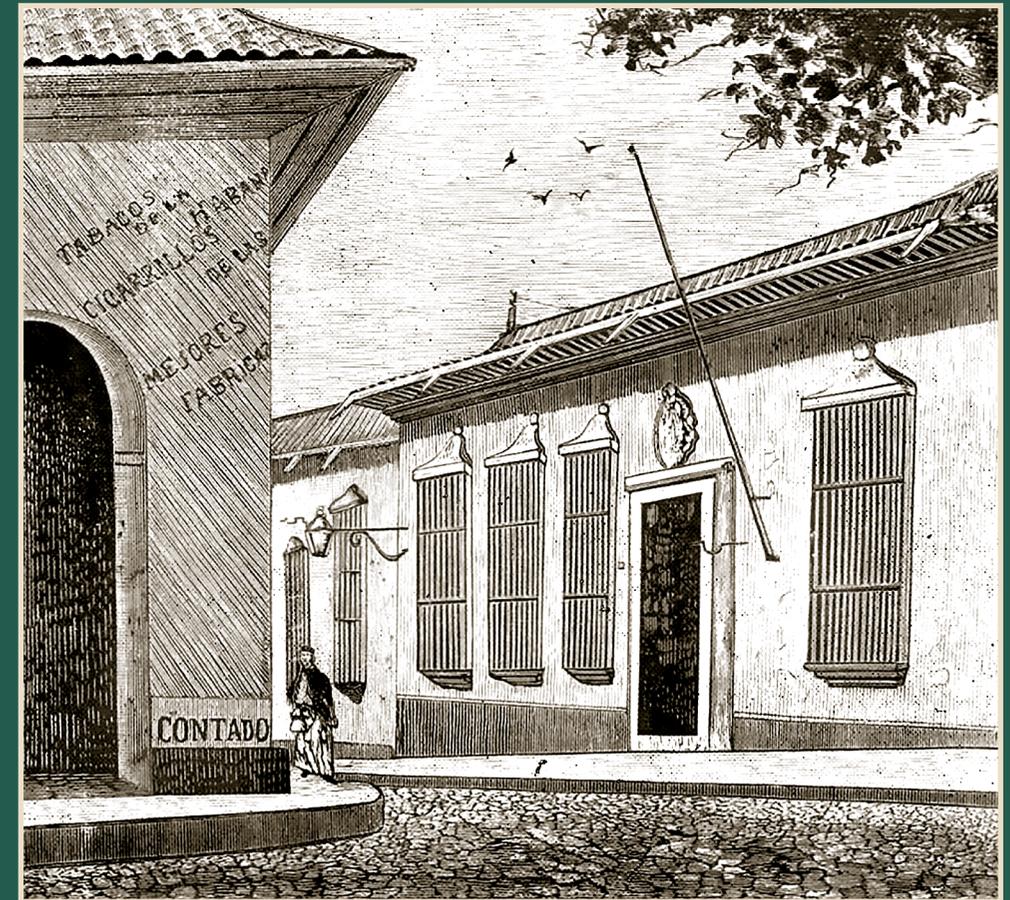
Comprender a Bolívar, por tanto, es una empresa de una complejidad monumental que exige trascender las fronteras de la historia. Es una tarea que requiere adentrarse en la estrategia militar para descifrar sus campañas, en la política para analizar sus congresos y en la psicología para sondear las profundidades de su carácter. Biografiar a Bolívar es analizar la paradoja del poder en su forma más pura: el aristócrata mantuano, beneficiario del sistema de explotación colonial, que invierte su vasta fortuna para costear una revolución social que, en última instancia, buscaría transformar las bases de su propia clase. Es estudiar al gobernante que, con una autoridad excepcional forjada en el campo de batalla, impuso su voluntad sobre un continente, usando ese mismo poder para diseñar repúblicas

y garantizar —al menos en el papel— las libertades del ciudadano. Y es, finalmente, ser testigo de la trayectoria del libertador de un territorio dos veces más grande que la Europa napoleónica, a menudo incomprendido por los mismos pueblos que había llamado a la existencia política.

La vida de Bolívar no fue el arco ascendente de un héroe de epopeya. Fue una serie de ciclos violentos, de enormes dificultades para realizar sus proyectos, de fracasos y victorias improbables; de cumbres de gloria imperial y de abismos de soledad casi absoluta. Su existencia fue una campaña militar perpetua, no sólo contra las fuerzas armadas de la monarquía española, sino contra la geografía dislocada de los Andes, contra la anarquía endémica de los caudillos regionales y —la batalla más encarnizada de todas— contra sus propios demonios. Su “energía nerviosa”, como la diagnosticó el historiador Gerhard Masur, lo consumía, impulsándolo a un estado de movimiento y campaña constantes, incapaz de encontrar la paz.

Por ello, para comprender la magnitud de este hombre y de su obra es imperativo diseccionar su vida en las cuatro grandes fases que definieron su proceso. Primero, un “Tiempo de ambición”, donde un joven criollo, en la Europa de las revoluciones, concibe un destino de escala continental. Segundo, un “Tiempo de libertad”, la era de la “guerra a muerte”, donde las derrotas forjan al idealista en un líder pragmático y resuelto. Tercero, un “Tiempo de gloria”, el breve y deslumbrante pináculo de su poder, cuando se convierte en el árbitro del destino de Sudamérica. Y finalmente, un “Tiempo de traición”, el largo y melancólico ocaso en que su proyecto de unidad se fractura, devorado por las mismas fuerzas que él había contribuido a desatar.

Ésta no es, por tanto, la biografía de un hombre. Es la autopsia de un proyecto continental. Es la crónica de la forja de una identidad política, con todo su esplendor y toda su sangre. Y es, por encima de todo, el intento de comprender a uno de los pocos mortales a quienes la historia, con justicia, ha concedido el título de inmortal.



Casa de Bolívar en Caracas, plumilla de Alberto Urdaneta, grabado de Greñas para el *Papel Periódico Ilustrado*, Bogotá, 28 de octubre de 1883.

“Tiempo de ambición”: la forja de un revolucionario (1783-1810)

Simón Bolívar nació en Caracas el 24 de julio de 1783, en el seno de una de las familias más acaudaladas y distinguidas de la aristocracia criolla venezolana: los “mantuanos”. Este término designaba a la élite blanca, cuyo estatus se manifestaba, por ejemplo, en el privilegio de sus mujeres de usar mantillas en la iglesia. Descendiente de una estirpe de origen vasco que había llegado a Venezuela en el siglo XVI, la familia Bolívar había acumulado a lo largo de dos siglos una inmensa fortuna. Poseían vastas haciendas dedicadas al cultivo de cacao, añil y caña de azúcar; las minas de cobre de Aroa; y un considerable número de esclavos que trabajaban en sus propiedades. Este patrimonio, que lo convertía en uno de los herederos más ricos de la Capitanía General, lo destinaba a una vida de privilegios y poder dentro del rígido orden colonial, un sistema de opresión que, paradójicamente, él mismo estaría llamado a destruir.

Sin embargo, su infancia estuvo marcada por la tragedia y el desarraigo. Su padre, Juan Vicente Bolívar y Ponte, murió de tuberculosis cuando Simón apenas tenía dos años. Su madre, María de la Concepción Palacios y Blanco, una mujer de salud frágil, falleció también de tuberculosis siete años después, dejándolo huérfano a los nueve años. La custodia del niño y su fortuna pasaron a su abuelo materno y, tras la muerte de éste, a su tío, Carlos Palacios. Este último no supo manejar el carácter impetuoso y rebelde de su sobrino. La relación era tan tensa que, en una ocasión, el joven Simón huyó de la casa de su tío para refugiarse en la de su hermana María Antonia. Este acto de rebeldía llevó a un pleito en el que el niño tuvo que declarar ante un tribunal, afirmando su descontento.

Pese a este abandono afectivo, el propio Bolívar insistiría en que su instrucción intelectual nunca fue desatendida, reconociendo el esfuerzo de sus tutores por asegurarle la mejor formación posible:



Andrés Bello. Imagen tomada de “Bello, el maestro inmortal”, en *Museos de Tenerife*, Centro de Documentación de Canarias y América, disponible en: <<https://www.museosdetenerife.org/assets/downloads/publication-806a87b210.pdf>>.

No es cierto que mi educación fue muy descuidada, puesto que mi madre y mis tutores hicieron cuanto era posible porque yo aprendiese: me buscaron maestros de primer orden en mi país. Robinson [Simón Rodríguez], que Vd. conoce, fue mi maestro de primeras letras y gramática; de bellas letras y geografía, nuestro famoso Bello; se puso una academia de matemáticas sólo para mí por el padre Andújar, que estimó mucho el barón de Humboldt [...] Todavía muy niño, quizá sin poder aprender, se me dieron lecciones de esgrima, de baile y de equitación.¹

A pesar de contar con tan ilustres preceptores, su educación formal fue, en efecto, irregular y fragmentada. Tuvo una serie de tutores, pero pocos lograron conectar con él, a excepción de dos figuras que dejarían una huella indeleble en su formación: Simón Rodríguez y Andrés Bello. Rodríguez, un pedagogo excéntrico y seguidor de las ideas de Rousseau, vio en Bolívar un diamante en bruto. Más que un tutor, fue un mentor que despertó su curiosidad y su espíritu crítico. No lo confinó a un salón de clases, sino que lo llevó a recorrer a caballo las haciendas familiares, enseñándole a observar la naturaleza, a entender la sociedad y a cuestionar la autoridad. Fue Rodríguez quien le enseñó a aprender a pensar. Bello, por su parte, un joven humanista destinado a convertirse en uno de los grandes intelectuales de América, le instruyó en geografía e historia, sentando las bases de su amplia cultura.

A los 15 años, como era costumbre, Bolívar fue enviado a España. En Madrid, fue acogido por su pariente el Marqués de Ustáriz, un hombre culto y de principios liberales que se convirtió en una figura paterna para él. Bajo su tutela, el joven Bolívar se sumergió en el estudio de la filosofía, la historia y la literatura. Fue en la capital española donde conoció a María Teresa Rodríguez del Toro y Alayza, de quien se enamoró perdidamente. Tras casarse en 1802, la joven pareja regresó a Venezuela. Sin embargo, la felicidad fue efímera. A los pocos meses, María Teresa murió trágicamente de fiebre amarilla.

La muerte de su esposa fue un punto de inflexión devastador. Bolívar, sumido en la desesperación, juró no volver a casarse jamás. El

¹ John Lynch, *Simón Bolívar*, p. 22.

impacto de esta pérdida resonaría a lo largo de su vida, y él mismo lo consideraría el evento que lo desvió de una vida tranquila y lo arrojó al torbellino de la política. Años más tarde, le confesaría a un amigo:

Quise mucho a mi mujer y su muerte me hizo jurar no volver a casarme; he cumplido mi palabra. Miren ustedes lo que son las cosas: si no hubiera enviudado, quizá mi vida hubiera sido otra; no sería el general Bolívar, ni el Libertador [...] La muerte de mi mujer me puso muy temprano en el camino de la política.²

Para escapar del dolor, decidió regresar a Europa. En París, atravesó un periodo de búsqueda personal en el que alternó la vida social con una intensa reflexión intelectual. Frecuentaba los salones de Fanny du Villars, con quien tuvo un romance, y se relacionó con otros sudamericanos y con intelectuales europeos. Fue allí donde conoció al célebre naturalista Alexander von Humboldt, recién llegado de su expedición por América. En una conversación que resultaría profética, Bolívar le preguntó si creía que las colonias españolas estaban listas para la libertad. Humboldt respondió con escepticismo, diciendo que no conocía a un solo hombre capaz de llevar a cabo tan magna empresa.

Fue también en París donde fue testigo de la coronación de Napoleón Bonaparte en 1804. El evento le produjo una mezcla de admiración y repulsión. Veía a Napoleón como un genio militar, pero también como un tirano que había traicionado la Revolución. Como él mismo escribió:

La corona que se puso Napoleón en la cabeza la vi como una cosa miserable y de estilo gótico. Lo que me pareció grandioso fue la aclamación universal y el interés que inspiraba su persona. Esto, lo confieso, me hizo pensar en la esclavitud de mi país y en la gloria que cabría al que lo libertase, pero ¡cuán lejos me hallaba de imaginar que tal fortuna me aguardaba!³

² Luis Perú de Lacroix, *Diario de Bucaramanga*, pp. 75-76.

³ *Idem*.



Friedrich Georg Weitsch, *Alexander von Humboldt*, 1806.
Museos Estatales de Berlín, Galería Nacional, Alemania.

Fue en este periodo que se reencontró con su antiguo maestro Simón Rodríguez, quien canalizó su descontento y reafirmó su compromiso con la causa americana. Juntos emprendieron un viaje a pie por Italia, que culminó en el momento más simbólico de esta etapa. En agosto de 1805, en el Monte Sacro de Roma, un lugar cargado de historia republicana, Bolívar pronunció un famoso juramento: “¡Juro delante de usted; juro por el Dios de mis padres; juro por ellos; juro por mi honor, y juro por mi Patria, que no daré descanso a mi brazo, ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español!”⁴

A su regreso a Venezuela, en 1807, encontró un ambiente de creciente agitación. La invasión napoleónica de España en 1808 y la subsiguiente abdicación forzada del rey Fernando VII en favor del hermano de Napoleón, José Bonaparte, habían creado un vacío de poder sin precedentes y una crisis de legitimidad en todo el Imperio español. Para los criollos, la pregunta era fundamental: si el rey legítimo no estaba en el trono, ¿a quién debían su lealtad? Esta coyuntura fue el catalizador que los independentistas esperaban. Bolívar, recién llegado de Europa con sus ideas republicanas y su juramento a cuestas, se unió a los círculos conspiradores de Caracas, donde sus ideas radicales a favor de la independencia total encontraron eco.

Sin embargo, la élite mantuana, aunque deseosa de mayor poder, era profundamente conservadora. Su anhelo no era una revolución social, sino un mero traspaso del control político de los peninsulares a los criollos, manteniendo intactas las estructuras económicas y sociales que garantizaban sus privilegios. El interés de esta clase se centraba en consolidar su dominio sobre la tierra, la mano de obra esclava y el comercio, liberándose de las restricciones de la Corona sin alterar el orden jerárquico interno. Por ello, temían que una ruptura total con España, como la que proponía Bolívar, desatara las fuerzas populares y pusiera en riesgo su hegemonía. El fantasma de la sangrienta revolución haitiana, en la que los esclavos se habían levantado y exterminado a sus

⁴ John Lynch, *op. cit.*, p. 35.



Luis de la Cruz y Ríos, *Fernando VII*. Óleo sobre lienzo, 74 x 59 cm., 1833. Cat. P_63.
 Imagen tomada de Colección Banco de España, disponible en: <https://coleccion.bde.es/wca/es/secciones/coleccion/obras/fernando-vii-p_63.html>



El libertador Simón Bolívar. Imagen tomada del libro
 de Manuel Lucena Salmoral, *Simón Bolívar*, Madrid, España, Alianza, 1991.
 Fotomecánico. Acervo INEHRM.

amos blancos, era una advertencia constante que alimentaba su pavor a cualquier cambio profundo.

En este contexto de duda y temor, las propuestas de Bolívar de una república independiente y con reformas sociales eran vistas con recelo, como las de un joven exaltado y peligroso. Sin embargo, no se desanimó. Él y su hermano Juan Vicente convirtieron sus reuniones sociales en focos de conspiración. En su casa de campo, a orillas del río Guaire, y en su hogar en Caracas, se congregaban jóvenes criollos para discutir los acontecimientos de Europa y planificar el futuro de Venezuela. Aunque Bolívar era visto como impulsivo, su pasión, su fortuna y su elocuencia le ganaron un grupo de seguidores devotos. Mientras los mantuanos más viejos debatían sobre la lealtad a Fernando VII y la formación de juntas en su nombre, el grupo de Bolívar, conocido como la Sociedad Patriótica, abogaba abiertamente por un camino mucho más radical: la independencia total e inmediata, demostrando una visión que trascendía los estrechos intereses de su clase.

A pesar de la cautela de sus pares, Bolívar persistió. Su casa se convirtió en un centro de reunión para los jóvenes radicales, y sus argumentos a favor de una ruptura total con España se hicieron cada vez más influyentes. Los acontecimientos se precipitaron. El Jueves Santo, 19 de abril de 1810, miembros del cabildo de Caracas, aprovechando una multitud congregada en la plaza mayor, desafiaron al capitán general Vicente Emparán. En un acto de audacia política, lo obligaron a asomarse al balcón y preguntaron al pueblo si deseaba que él siguiera gobernando. Azuzada por los conspiradores, la multitud gritó “¡No!”, sellando el destino del gobierno colonial.

Tras la deposición de Emparán, se estableció una Junta Suprema Conservadora de los Derechos de Fernando VII, una solución de compromiso que gobernaba en nombre del rey cautivo pero que, en la práctica, era el primer gobierno autónomo de Venezuela. Aunque Bolívar no participó directamente en los eventos públicos de ese día —probablemente por su reputación de radical—, su papel en la conspiración previa fue innegable. La Junta, aunque dominada por moderados, reconoció su fervor y su utilidad, y pronto le encomendaría una misión crucial: viajar a Londres para buscar el apoyo de Gran Bretaña. Este

nombramiento lo catapultó oficialmente a la arena política y lo posicionó como una figura destinada a convertirse en el líder central de la revolución que acababa de comenzar.

“Tiempo de libertad”: la guerra a muerte y la creación de Colombia (1811-1821)

Tras el estallido de la revolución del 19 de abril de 1810, la Junta de Caracas, urgida de legitimidad y apoyo internacional, envió a un joven Simón Bolívar, junto a Luis López Méndez y Andrés Bello, a una misión diplomática en Londres. Aunque no logró el reconocimiento oficial, pues los británicos eran aliados de una España que luchaba contra Napoleón, la misión fue crucial. En Londres, Bolívar no sólo observó el funcionamiento de una monarquía constitucional, sino que se reencontró con el legendario Francisco de Miranda, el precursor de la independencia, a quien convenció de regresar a Venezuela. La llegada de Miranda y la influencia radical de Bolívar a través de la Sociedad Patriótica de Caracas aceleraron los acontecimientos. Frente a los que abogaban por la cautela y esperar el desenlace de los eventos en Europa, Bolívar pronunció un encendido discurso que se haría célebre, instando a romper definitivamente con España:

¡Qué nos importa a nosotros si España vende sus esclavos a Bonaparte o se los queda ella, si nosotros estamos decididos a ser libres! Estas dudas son las trágicas consecuencias de los antiguos grillos. ¡Que el gran plan debiera hacerse mediante deliberaciones! ¿Trescientos años no son bastante deliberación? ¿Necesitan otros trescientos? [...] Pongamos sin miedo la piedra angular de la libertad de América.⁵

Impulsado por este fervor, el 5 de julio de 1811, el Congreso de Venezuela declaró la independencia absoluta de España, naciendo así la

⁵ “Discurso de Bolívar en la Sociedad Patriótica de Caracas, 3 de julio de 1811”, p. 342.



Simón Bolívar, Luis López Méndez y Andrés Bello fueron enviados en misión diplomática a Londres. Mattsjc, *El Big Ben y el Palacio de Westminster*, 2022. Disponible en: <https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Big_Ben_and_the_Palace_of_Westminster.jpg>.

Primera República, un hito fundamental que marcó la ruptura irreversible con el Imperio español.

Sin embargo, esta república fue efímera y frágil. Las profundas divisiones internas, la inexperiencia militar y la adopción de un sistema federal que, según Bolívar, era demasiado perfecto para hombres imperfectos, minaron sus cimientos. La nueva constitución, inspirada en la de Estados Unidos, creó un gobierno central débil e incapaz de imponer su autoridad sobre las provincias, algunas de las cuales, como Coro y Maracaibo, se negaron a unirse a la causa independentista y se mantuvieron leales a España, convirtiéndose en focos de la contrarrevolución.

La situación se agravó el Jueves Santo de 1812, cuando un terremoto devastador asoló las ciudades patriotas, causando miles de muertos y una destrucción generalizada. En Caracas, los cuarteles se derrumbaron, sepultando a gran parte de la guarnición. El clero, mayoritariamente leal a la Corona, aprovechó la catástrofe para predicar que era un castigo divino contra la rebelión. En medio del caos, se cuenta que un joven Bolívar, abriéndose paso entre las ruinas, se enfrentó a los frailes y a la multitud aterrorizada, exclamando: “Si se opone la Naturaleza, lucharemos contra ella y la haremos que nos obedezca”.⁶

En medio de este desastre natural y la superstición popular, el avance de las tropas realistas lideradas por el capitán de fragata Domingo de Monteverde fue imparable. Monteverde, un oficial astuto y decidido, supo explotar el descontento social y las divisiones republicanas. Miranda, investido con poderes dictatoriales para hacer frente a la crisis, tomó una serie de decisiones militares desafortunadas. La estocada final para la República fue la traición del comandante a cargo de la principal fortaleza patriota en Puerto Cabello, donde se almacenaba el arsenal. Este comandante entregó la plaza a los realistas, dejando al ejército de Miranda sin municiones y sin esperanzas de victoria.

Sintiéndose acorralado y sin recursos para continuar la lucha, Miranda firmó una capitulación en julio de 1812. Este acto fue visto como una traición por un grupo de jóvenes oficiales, entre ellos Bolívar, quienes, en

⁶ José Domingo Díaz, *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas*, p. 86.



Arturo Michelena, *Miranda en La Carraca*.
Colección de la Galería de Arte Nacional, Caracas-Venezuela.

uno de los episodios más controvertidos de la independencia, lo arrestaron en el puerto de La Guaira mientras se preparaba para embarcarse. Convencidos de que Miranda había negociado su propia salvación a cambio de entregar la República, lo entregaron a los españoles. La Primera República de Venezuela había llegado a su trágico fin.

El arresto de Miranda debe entenderse en el contexto del colapso total de la Primera República. Para los oficiales más jóvenes y radicales como Bolívar, que habían apostado todo por la independencia, la capitulación firmada por el Generalísimo sin consultar a sus subalternos fue vista no sólo como una decisión militar errónea, sino como una rendición inaceptable de la causa patriota. En medio de la desesperación y el caos, con el ejército disuelto y el enemigo avanzando, la convicción de Bolívar y sus compañeros era que el líder de la revolución la había abandonado. La detención, por tanto, fue la trágica culminación de una profunda fractura generacional y estratégica, un acto extremo nacido de la convicción de que la lucha debía continuar a cualquier precio.

Atrapado en el puerto de La Guaira, y ahora un objetivo prioritario para los realistas, Bolívar tuvo que asegurar su propia supervivencia para poder continuar la guerra. En una compleja maniobra, y gracias a la mediación de un conocido español, se le concedió un pasaporte para abandonar el país. El comandante español, Domingo de Monteverde, interpretando cínicamente los hechos a su favor, consideró el arresto de Miranda como un servicio a la Corona. Para Bolívar, tener que aceptar un salvoconducto en esos términos fue una profunda humillación, pero también una necesidad estratégica ineludible. Fue una lección amarga que le permitió escapar, reagruparse y, lo más importante, reflexionar sobre los errores cometidos para relanzar la revolución sobre bases más sólidas.

Exiliado en Cartagena, Bolívar reflexionó sobre las causas del fracaso. En diciembre de 1812 publicó su célebre *Manifiesto de Cartagena*, un análisis político y militar de extraordinaria lucidez. En él, diagnosticó con crudeza los errores que llevaron al colapso de la República, atacando la debilidad inherente del federalismo y la ingenua clemencia de los líderes patriotas:

El sistema federal, bien que sea el más perfecto y más capaz de procurar la felicidad humana en sociedad, es, no obstante, el más opuesto a los intereses de nuestros nacientes Estados. [...] Tuvimos filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por táctica y sofistas por soldados. Con semejante subversión de principios y de cosas, el orden social se resintió extremadamente conmovido, y desde luego corrió el Estado a pasos agigantados a una disolución universal, que bien pronto se vio realizada.⁷

Bolívar no se detuvo ahí. Su manifiesto fue un llamado a aprender de los errores y a adoptar un enfoque más pragmático y centralizado para la guerra. Argumentó que la debilidad del gobierno federal había permitido la insubordinación y la ineficacia, mientras que una “clemencia criminal” había perdonado a traidores que luego volvieron a tomar las armas contra la República. Su conclusión era una receta para la futura lucha: un gobierno fuerte, un ejército unificado y una guerra total contra el enemigo.

Este documento fue también su carta de presentación ante el gobierno de la Nueva Granada. Al ofrecer sus servicios y su análisis, Bolívar se posicionó no como un simple militar derrotado, sino como un estratega y un líder con una visión clara. Su objetivo era convencer a los neogranadinos de que el destino de su propia libertad estaba ligado al de Venezuela, y que la única forma de asegurar su independencia era llevando la guerra de vuelta a territorio venezolano. Con este manifiesto, Bolívar sentó las bases ideológicas para la siguiente fase de la guerra y comenzó su ascenso como el líder indiscutible de la revolución.

Con el apoyo de la Nueva Granada, Bolívar recibió un pequeño comando militar y emprendió en 1813 la “Campaña Admirable”. Fue una ofensiva relámpago en la que reconquistó Caracas en agosto de ese año, recibiendo el título de Libertador. Fue durante esta campaña, en la ciudad de Trujillo, donde decretó la “guerra a muerte”, una medida

⁷ Simón Bolívar, “Manifiesto de Cartagena. Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada por un caraqueño”, *Procesos Históricos. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, pp. 210-216.

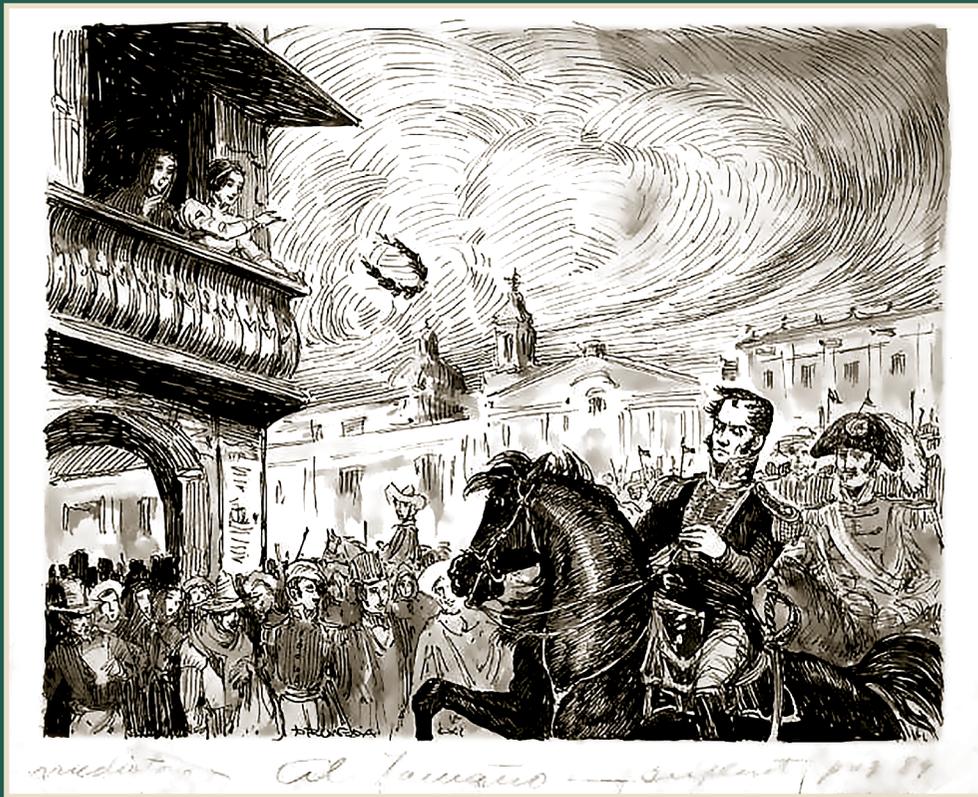
drástica que buscaba crear una identidad americana frente a la española. El decreto buscaba aterrorizar al enemigo y forzar a la población a tomar partido:

Nosotros somos enviados a destruir a los españoles, a proteger a los americanos y a restablecer los gobiernos republicanos que formaban la Confederación de Venezuela. [...] Todo español que no conspire contra la tiranía en favor de la justa causa, por los medios más activos y eficaces, será tenido por enemigo, y castigado como traidor a la patria y, por consecuencia, será irremisiblemente pasado por las armas. Por el contrario, se concede un indulto general y absoluto a los que pasen a nuestro ejército [...] Españoles y canarios: contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de Venezuela. Americanos: contad con la vida, aun cuando seáis culpables.⁸

La decisión de Bolívar de proclamar la guerra a muerte fue una respuesta calculada a las atrocidades cometidas por los realistas tras la caída de la Primera República. El jefe español Domingo de Monteverde había violado sistemáticamente los términos de la capitulación de Miranda, desatando una brutal represión contra los patriotas. Bolívar comprendió que la guerra de independencia no podía seguir librándose con la “clemencia criminal” que había criticado en Cartagena. Era necesario trazar una línea de sangre entre americanos y españoles, eliminando las lealtades ambiguas y convirtiendo un conflicto político en una guerra nacional.

La “Campaña Admirable” fue una proeza militar que demostró el genio estratégico de Bolívar. Partiendo de Cúcuta con un ejército de apenas 500 hombres, avanzó a una velocidad vertiginosa a través de los Andes venezolanos, dividiendo a las fuerzas enemigas y derrotándolas en una serie de enfrentamientos sucesivos. Su audacia y la ferocidad impuesta por su decreto aterrorizaron a los realistas, provocando deserciones y desmoralizando sus filas. A medida que avanzaba, su ejército

⁸ “Simón Bolívar, Brigadier de la Unión, General en jefe del ejército del norte, libertador de Venezuela, a los venezolanos”, pp. 163-165.



Salvador Pruneda, *El libertador Simón Bolívar*. Tinta sobre papel, ca. 1950.
 Archivo Gráfico de *El Nacional*, Fondo Gráficos. SECRETARÍA DE CULTURA. INEHRM. FOTOTECA.MX.

crecía con voluntarios que se sumaban a la causa, inspirados por sus rápidas victorias.

El 6 de agosto de 1813, Bolívar hizo su entrada triunfal en Caracas, donde fue recibido como un héroe y aclamado formalmente como Libertador por la municipalidad. Este título, que él valoraría por encima de cualquier otro a lo largo de su vida, marcó el nacimiento de la Segunda República. Sin embargo, ésta nació al fragor de la guerra total, y de la “guerra a muerte”, que fue una herramienta eficaz para consolidar el poder patriota frente a un enemigo implacable.

La Segunda República, nacida de esta victoria, se enfrentó a un enemigo mucho más temible que los ejércitos regulares españoles. La reacción realista fue liderada por el sanguinario José Tomás Boves, un caudillo que movilizó a los llaneros —los rudos jinetes de las planicies— y a las masas de pardos y esclavos, canalizando su resentimiento social contra la aristocracia criolla que lideraba la independencia. La guerra se convirtió en una lucha de clases y razas de una ferocidad sin precedentes. Boves, con su “Legión Infernal”, no buscaba restaurar al rey, sino desatar el saqueo y el exterminio de la élite blanca. La violencia fue tal que, en julio de 1814, Bolívar se vio obligado a liderar una masiva y desesperada emigración de la población de Caracas hacia el oriente del país, una caravana de miles de civiles que huían del terror de Boves, y de los cuales muchos perecieron en el camino.

Boves era un maestro de la guerra de guerrillas y un demagogo carismático que supo capitalizar las profundas divisiones de la sociedad venezolana. Prometió a sus seguidores el botín de las haciendas y las propiedades de los ricos mantuanos. Su bandera era la de la anarquía y la venganza social, y su grito de guerra, “¡muerte a los blancos!”, aterrizaba a la élite criolla. La violencia de Boves no tenía precedentes; sus hombres no sólo saqueaban, sino que torturaban y masacraban a sus prisioneros.

Ante el avance imparable de Boves, y tras una serie de derrotas militares, la Segunda República se derrumbó. En julio de 1814, Bolívar se vio obligado a ordenar la evacuación de Caracas, liderando una caravana de casi 20 000 personas en una desesperada huida hacia el oriente del país. Esta “emigración a Oriente” fue una de las páginas más trágicas

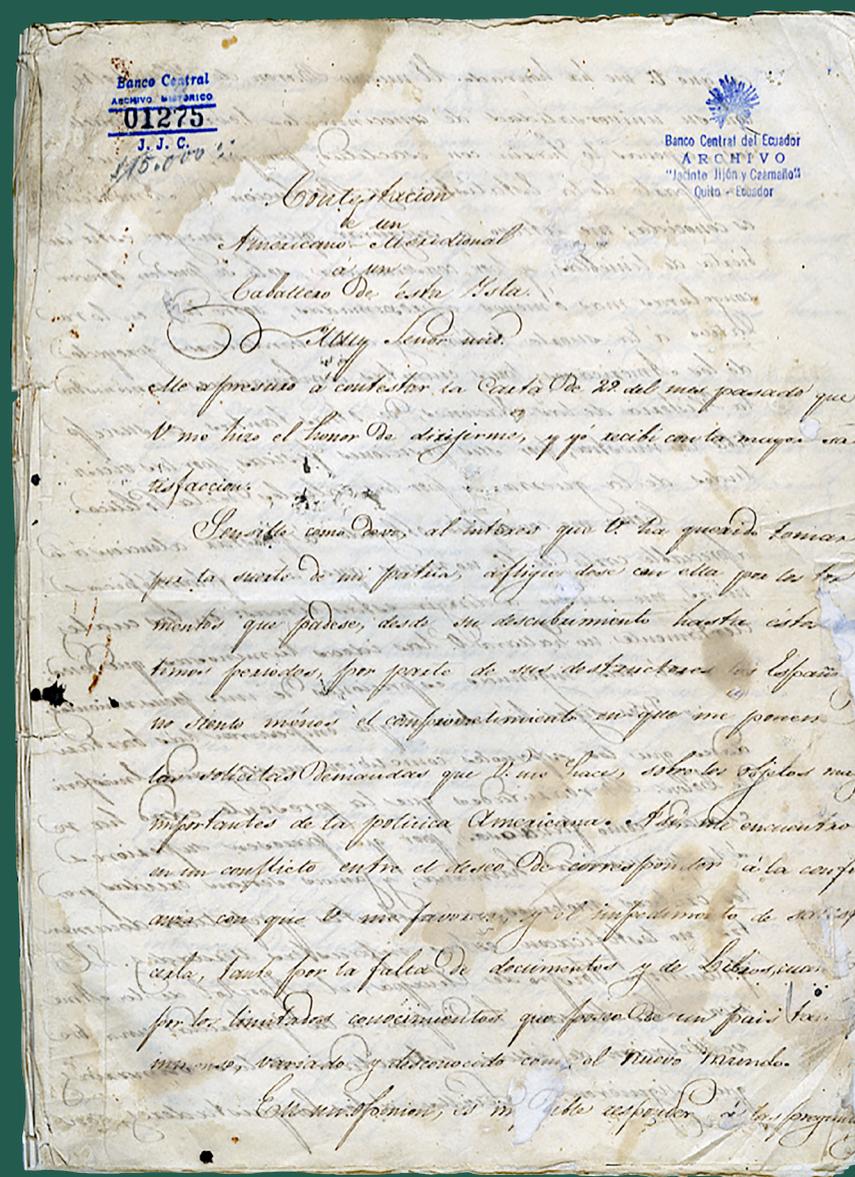
cas de la guerra, una marcha de la muerte en la que miles de hombres, mujeres y niños perecieron a causa del hambre, las enfermedades y los constantes ataques de las fuerzas de Boves. Para Bolívar, ésta fue una derrota humillante que lo obligó a un nuevo exilio y lo sumió en una profunda reflexión sobre la naturaleza de la revolución y la necesidad de ganarse el apoyo popular.

Derrotado de nuevo, Bolívar se refugió primero en Jamaica. Allí, en un exilio lleno de precariedad, sobrevivió a un intento de asesinato y redactó en septiembre de 1815 la célebre *Carta de Jamaica*, un documento visionario en el que analizaba el pasado, presente y futuro de América con una claridad asombrosa. En esta carta, dirigida a un comerciante inglés llamado Henry Cullen, Bolívar expuso las causas de la rebelión americana, defendió la justicia de su causa y profetizó el destino de las futuras naciones del continente. En uno de sus pasajes más famosos, expresó la identidad única y la difícil situación del pueblo americano:

Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevos en casi todas las artes y ciencias, aunque en cierto modo viejos en los usos de la sociedad civil. [...] no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles; en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar éstos a los del país y que mantenernos en él contra la invasión de los invasores.⁹

Fue en esta carta donde Bolívar articuló por primera vez, de manera formal y profunda, su más grande ambición política: el sueño de la unidad de la América española. No se trataba sólo de liberar territorios aislados, sino de crear una vasta confederación de naciones hermanas, unidas por la historia, la lengua y la cultura, capaces de presentarse ante el mundo como un bloque sólido y soberano. Más que un estratega militar, la *Carta de Jamaica* revela a Bolívar como un estadista de visión continental, capaz de proyectar, en medio de la de-

⁹ Simón Bolívar, *Carta de Jamaica*, pp. 109 y 110



Manuscrito de la *Carta de Jamaica* en español, documento custodiado por el Archivo Histórico del Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador.



"Le General Alexandre Petion; President D'Hayti".
The New York Public Library Digital Collections. 1808.

rrota, un futuro de integración y grandeza. Este ideal sería la inspiración fundamental de toda su carrera política posterior. La creación de la República de Colombia, los acuerdos de "unión, liga y confederación ofensiva y defensiva", que promovió entre los gobiernos de Perú, Chile, Buenos Aires, México y Centroamérica y el Congreso Anfictiónico de Panamá dan cuenta de un grandioso esfuerzo en esta dirección.

Desde Jamaica, se trasladó a Haití. Fue allí, en la primera república negra libre del mundo, donde encontró un apoyo que le fue negado en todas partes. El presidente haitiano Alexandre Pétion se convirtió en pilar fundamental para la causa independentista. Pétion, él mismo un libertador, vio en Bolívar un compañero en la lucha contra la opresión. Le proporcionó dinero, armas, barcos y hombres para organizar la expedición de Los Cayos, con una condición fundamental: que Bolívar decretara la libertad de todos los esclavos en los territorios que liberase. Este pacto no sólo revivió la guerra en Venezuela, sino que la transformó, vinculando inseparablemente la independencia nacional con la abolición de la esclavitud.

Tras varios reveses, Bolívar logró establecer una base en Angostura (hoy Ciudad Bolívar). Desde allí sentó las bases de la Tercera República, reorganizó el Estado y el ejército, al que se unieron valiosos voluntarios europeos, como la Legión Británica. En febrero de 1819 inauguró el Congreso de Angostura, donde pronunció un discurso memorable. En esta pieza de oratoria, Bolívar se reveló no sólo como un general, sino como un profundo pensador político. Analizó la historia de Venezuela, propuso una nueva constitución y delineó su visión de un gobierno republicano fuerte y centralizado, adaptado a la realidad americana:

El gobierno republicano ha sido, es y debe ser el de Venezuela; sus bases deben ser la soberanía del pueblo, la división de los poderes, la libertad civil, la proscripción de la esclavitud, la abolición de la monarquía y de los privilegios. Necesitamos de la igualdad, para refundir, digámoslo así, en un todo, la especie de los hombres, las opiniones políticas y las costumbres públicas.¹⁰

¹⁰ "Discurso Pronunciado ante el Congreso, en Angostura, el 15 de febrero de 1819", pp. 79 y 80.



Arturo Michelena, *El paso de los Andes*. Óleo sobre tela, 99 x 72 cm, 1889.
Colección de la Galería de Arte Nacional, Caracas-Venezuela.

En su discurso, Bolívar también propuso la creación de un Senado hereditario, similar a la Cámara de los Lores británica, como un cuerpo neutral que diera estabilidad al gobierno. Esta idea, aunque polémica, reflejaba su temor a la anarquía y su convicción de que las nuevas repúblicas necesitaban instituciones fuertes para sobrevivir. Además, introdujo el concepto de un “Poder Moral”, una especie de tribunal de la virtud encargado de velar por la educación y las buenas costumbres. Aunque estas propuestas no fueron adoptadas en su totalidad, demostraron la profundidad de su pensamiento político y su búsqueda de una fórmula que garantizara la libertad sin caer en el caos.

En un movimiento estratégico de genialidad militar, decidió llevar la guerra al corazón del virreinato de Nueva Granada. En una de las hazañas militares más asombrosas de la historia, cruzó con su ejército las llanuras inundadas y los gélidos páramos de los Andes. El 7 de agosto de 1819, en la batalla de Boyacá, obtuvo una victoria decisiva que aseguró la liberación de Nueva Granada. Esta victoria fue el punto de inflexión de la guerra. Le permitió crear, en diciembre de ese año, la República de Colombia (la Gran Colombia), de la cual fue elegido presidente.

La liberación definitiva de su natal Venezuela se completó el 24 de junio de 1821 en la llanura de Carabobo. Al mando de un ejército unido, Bolívar destruyó al último gran ejército realista del país, sellando la independencia de Venezuela y consolidando su poder como jefe supremo de la nueva y vasta república. La victoria en Carabobo fue posible gracias a la combinación de la infantería de la Legión Británica, que resistió heroicamente en el centro, y la caballería de los llaneros comandada por José Antonio Páez, cuya audaz maniobra por el flanco derecho desbarató la línea enemiga y decidió la batalla.

“Tiempo de gloria”: la conquista del Sur y el sueño de la unidad americana (1822-1826)

Con la independencia de Venezuela y la Nueva Granada asegurada en la Batalla de Carabobo, el proyecto de Bolívar era incompleto. Su visión era continental y sabía que la libertad de Colombia no estaría se-

José María Espinosa Prieto,
Batalla de Boyacá, 1840.
Colección Casa Museo
Quinta de Bolívar.





Martín Tovar y Tovar, *Batalla de Carabobo*, 1887.
Mural ubicado en el Capitolio Nacional de Venezuela.

gura mientras el poder español permaneciera atrincherado en su bastión más formidable: el Virreinato del Perú. Por ello, dirigió su mirada hacia el sur, con el objetivo de liberar los territorios de la Presidencia de Quito (actual Ecuador), Perú y el Alto Perú (actual Bolivia). Esta nueva etapa de su carrera estaría marcada por la culminación de su gloria militar y la consolidación de su proyecto de una América unida.

La campaña del sur comenzó con la liberación de Quito, una tarea que encomendó a su más leal y brillante lugarteniente, el general Antonio José de Sucre. Mientras Bolívar avanzaba desde el norte, Sucre lo hacía desde el sur. La campaña fue ardua, pero el 24 de mayo de 1822, en las faldas del volcán Pichincha, Sucre obtuvo una victoria aplastante. Días después, Bolívar entró triunfalmente en la ciudad. Fue allí donde conoció a Manuela Sáenz, una quiteña de espíritu libre y comprometida con la causa independentista. El encuentro fue eléctrico y su conexión, inmediata. Manuela no sería sólo su amante, sino su confidente, su archivera y, en más de una ocasión, su salvadora, convirtiéndose en la Libertadora del Libertador.

Apenas dos meses después, en julio de 1822, se produjo en el puerto de Guayaquil uno de los encuentros más cruciales y enigmáticos de la historia americana: la reunión entre Bolívar y el general José de San Martín, el “Protector del Perú”. Se encontraron dos visiones para el futuro de América. San Martín, más cauto, se inclinaba por establecer monarquías constitucionales; Bolívar era un republicano convencido. Tras dos días de conversaciones privadas, San Martín tomó una decisión drástica y se retiró de la vida pública, dejando el campo libre a Bolívar para culminar la liberación del continente:

Sea como sea, general, mi decisión está irrevocablemente tomada. He convocado al primer congreso de Perú para el día 20 del mes próximo y, al día siguiente de su instalación, me embarcaré rumbo a Chile, convencido de que mi presencia es el único obstáculo que le impide a usted venir a Perú con el ejército a sus órdenes.¹¹

¹¹ Harvey Robert, *Los Libertadores: La lucha por la independencia de América Latina 1810-1830*, pp. 224-225.



Marco Salas Yepes, *Retrato de Manuelita Sáenz*, 1960.
Casa Museo Quinta de Bolívar, Colombia.



Antonio José de Sucre. Óleo sobre tela.
Salón Elíptico del Capitolio Nacional. Palacio Federal Legislativo, Caracas, Venezuela.



Encuentro entre Bolívar y el general José de San Martín. Imagen tomada del libro de Gabriel Lafond de Lurcy, *Voyage autour du Monde et Naufrages*. Fotomecánico. Acervo INEHRM.

Sin embargo, la entrada de Bolívar al Perú no fue inmediata ni sencilla. Al llegar a Lima en 1823, encontró un país sumido en la anarquía, fragmentado por las ambiciones de las élites locales que luchaban encarnizadamente por el poder. Bolívar se vio forzado a librar primero una guerra política contra el caos interno antes de poder enfrentar al enemigo español. Aun sumido en la desesperación por la falta de cohesión, demostró una vez más su formidable capacidad organizativa. Estableció su cuartel general en la remota Pativilca, donde, enfermo y postrado en cama, reorganizó el ejército patriota, consiguió recursos e impartió órdenes, logrando unificar a las facciones peruanas bajo su mando.

Una vez unificado el mando, Bolívar preparó la ofensiva final. En agosto de 1824, en las gélidas alturas de los Andes, tuvo lugar la Batalla de Junín. Fue una batalla singular, librada a más de 4000 metros de altura, exclusivamente con caballería, sin un solo disparo de fusil. Fue un choque de lanzas y sables que pareció perdido hasta que una audaz carga de la caballería peruana cambió el rumbo. La gloria final, sin embargo, estaría reservada para Sucre. El 9 de diciembre de 1824, en la pampa de Ayacucho, Sucre destrozó al último gran ejército español en América, capturando al virrey La Serna. Ayacucho fue la batalla que selló la independencia de Sudamérica. Al recibir la noticia, Bolívar, lleno de júbilo, ascendió a Sucre a Gran Mariscal y lo elogió con palabras inmortales: “la batalla de Ayacucho es la cumbre de la gloria americana, y la obra del general Sucre [...] La posteridad representará a Sucre con un pie en el Pichincha y el otro en el Potosí”.¹²

La victoria en Ayacucho no sólo significó el fin del dominio español, sino también la apoteosis de la gloria de Bolívar. En el Perú, ante el vacío de poder y el riesgo de una nueva anarquía, se le confirieron facultades extraordinarias, un mandato necesario para estabilizar la naciente república. Su prestigio era tal que, desde México, el Congreso Constituyente, reconociéndolo como un patriota sin igual, había promovido la iniciativa de nombrarlo ciudadano honorario de la nación mexicana.

¹² John Lynch, *op. cit.*, p. 261.



Daniel Hernández, *Capitulación de Ayacucho*, 1924.
Museo Central, Banco Central de Reserva del Perú.

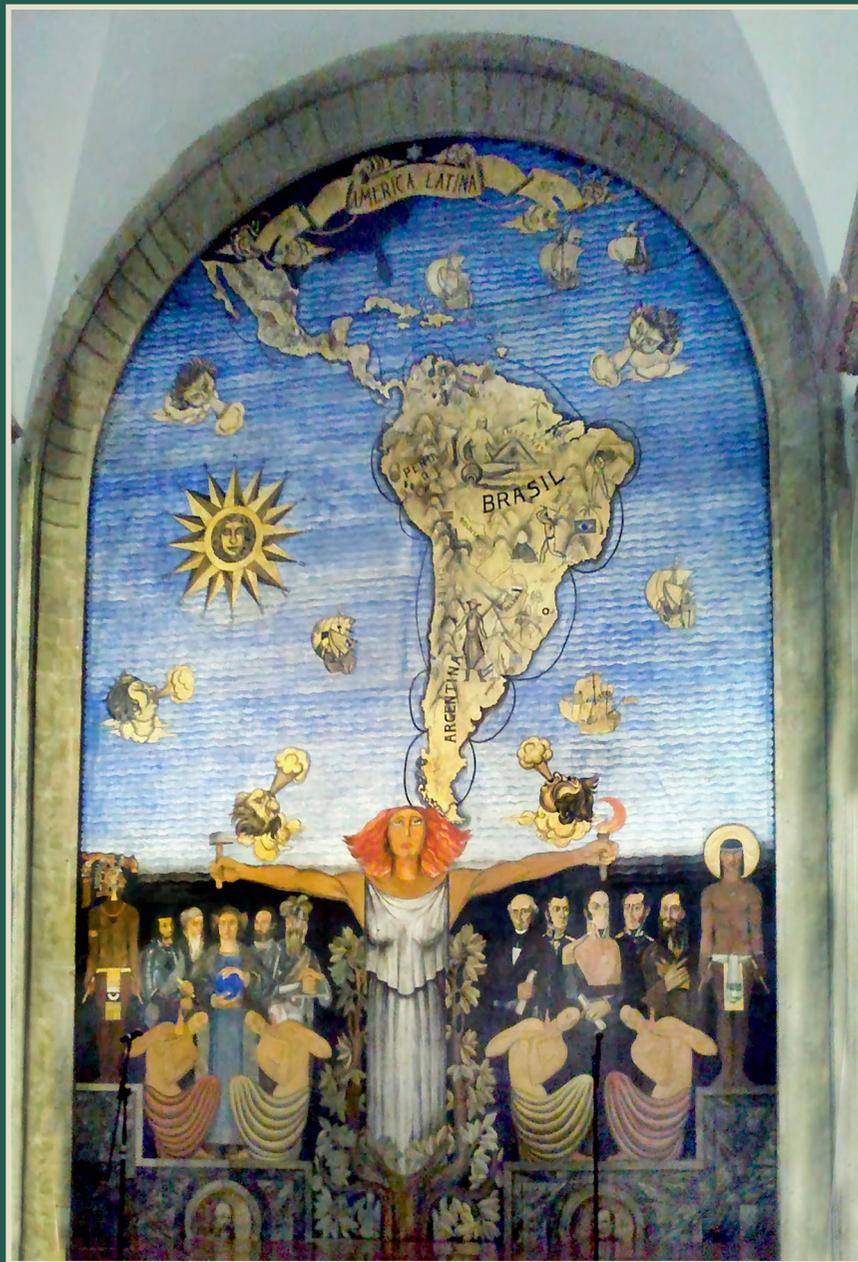
Tras la liberación del Perú, Sucre avanzó hacia el Alto Perú. En 1825, una asamblea de notables declaró la independencia de la nueva nación, nombrándola Bolivia en honor a su libertador. En la cúspide de su poder, Bolívar redactó la Constitución para Bolivia, un documento que consideraba su obra maestra política. En ella, plasmó sus ideales de un gobierno fuerte, proponiendo una presidencia vitalicia con derecho a nombrar sucesor. Sus críticos la vieron como una monarquía disfrazada, pero Bolívar la defendía como la única forma de evitar la anarquía:

El Presidente de la República viene a ser en nuestra Constitución como el Sol que, firme en su centro, da vida al Universo. Esta suprema autoridad debe ser perpetua; porque en los sistemas sin jerarquías se necesita, más que en otros, un punto fijo alrededor del cual giren los magistrados y los ciudadanos.¹³

En estos años, el sueño de una América unida parecía estar al alcance de la mano. La convocatoria al Congreso Anfictiónico de Panamá en 1826 representó el intento más ambicioso de concretar este ideal, formulado por primera vez en su visionaria *Carta de Jamaica*. Bolívar no sólo buscaba una alianza militar, sino la creación de un cuerpo supranacional que estableciera las bases de una convivencia pacífica y una defensa común. Los objetivos del congreso eran profundamente revolucionarios: renovar los pactos de confederación, definir normas de derecho internacional para regular las relaciones entre los pueblos, presionar a España por el reconocimiento de las independencias y, de manera fundamental, avanzar en la abolición total de la esclavitud en el continente.

Este era el proyecto bolivariano en su máxima expresión: una América libre, soberana, unida y socialmente justa. Aunque el congreso no tuvo los resultados esperados, fue un hito en la historia del panamericanismo. Sin embargo, bajo la superficie de esta gloria sin precedentes, las grietas de su gran proyecto comenzaban a aparecer, impulsadas

¹³ “Discurso con que acompañó el proyecto de Constitución que redactó para la República de Bolivia”, p. 124.



Roberto Montenegro, *La unión de América Latina*, 1924. El mural se ubica en las instalaciones de la Secretaría de Educación Pública (SEP), en el Centro Histórico de la Ciudad de México, en lo que fue el templo del Convento de Santa María de la Encarnación del Divino Verbo, construido entre 1639 y 1643.

por las fuerzas que se oponían a una transformación tan profunda: las ambiciones de las élites criollas y los caudillos locales. En Bogotá, su vicepresidente Santander veía con creciente recelo su poder indiscutido. En Venezuela el general Páez se agitaba, sentando las bases del separatismo. El sueño de la unidad continental, forjado en el campo de batalla, pronto se enfrentaría a su prueba más dura: la paz y las ambiciones de los hombres que habían combatido con él para hacer realidad la libertad de las naciones iberoamericanas.

“Tiempo de traición”: la desintegración de un sueño y el ocaso del Libertador (1827-1830)

A pesar de sus triunfos militares y de su inmenso prestigio, los últimos años de la vida de Bolívar estuvieron marcados por la lucha incansable contra las fuerzas que buscaban deshacer su obra. Su sueño de una Gran Colombia unida, el primer paso hacia una América confederada, se vio amenazado por las ambiciones de los caudillos regionales y los intereses de las élites locales, y el hombre que había liberado a un continente se enfrentó a la incomprensión y al sabotaje.

La desintegración de la Gran Colombia comenzó con la rebelión de José Antonio Páez en Venezuela, en 1826, un movimiento conocido como “La Cosiata”. Páez, el poderoso caudillo de los llanos, encarnaba los intereses de la oligarquía terrateniente venezolana, que veía con recelo la autoridad de un gobierno central en Bogotá y anhelaba controlar directamente la riqueza de su región. Al mismo tiempo, en la Nueva Granada, el vicepresidente Francisco de Paula Santander, antiguo aliado de Bolívar, se convirtió en el líder de la oposición federalista. Aunque se presentaba como un defensor de las leyes, su proyecto en realidad representaba los intereses de la élite neogranadina, que prefería un sistema que le garantizara el poder local en lugar de someterse a la visión unificadora y progresista del Libertador.

Bolívar regresó del Perú en 1827 para intentar apaciguar la situación. Logró un acuerdo temporal con Páez, pero las tensiones subya-

centes eran demasiado profundas. La Gran Colombia, forjada en el fragor de la batalla por un ideal de unidad y libertad, se enfrentaba ahora, en tiempos de paz, a los regionalismos y a las ambiciones personales de hombres cuya visión no trascendía las fronteras de sus provincias. Las élites de Venezuela y Nueva Granada, con sus distintas economías e historias, nunca llegaron a integrarse verdaderamente en el proyecto de una patria común.

En un último intento por salvar su obra, Bolívar convocó en 1828 la Convención de Ocaña para reformar la constitución. Sin embargo, la convención se convirtió en un campo de batalla entre los seguidores de Bolívar, que abogaban por un gobierno central fuerte capaz de garantizar la estabilidad y las reformas sociales, y los de Santander, que defendían un sistema federal que, en la práctica, habría atomizado el poder en favor de las oligarquías locales. Las diferencias eran irreconciliables. Viendo que los intereses separatistas impedirían cualquier acuerdo, los diputados bolivarianos se retiraron, disolviendo la convención y dejando al país al borde de la guerra civil.

Ante la inminencia de la anarquía y el colapso de la República, Bolívar se vio obligado a asumir poderes especiales el 27 de agosto de 1828. Esta medida de emergencia, destinada a preservar el orden y salvar la unidad, fue cínicamente utilizada por sus enemigos como la supuesta prueba de sus ambiciones monárquicas. La oposición, financiada por las élites que veían en Bolívar un obstáculo para sus intereses, intensificó sus conspiraciones.

La noche del 25 de septiembre de 1828, un grupo de conspiradores atentó contra la vida de Bolívar en el Palacio de San Carlos en Bogotá. El Libertador logró salvarse gracias a la intervención de Manuela Sáenz. Este episodio, conocido como la “noche septembrina”, dejó una profunda huella en Bolívar. La represión que siguió fue severa: 14 conspiradores fueron ejecutados, y Santander, cuya participación intelectual en la conspiración era un secreto a voces, fue condenado a muerte, pena que Bolívar, en un acto de magnanimidad, conmutó por el exilio. El atentado lo sumió en un estado de profunda desilusión ante la ingratitud de aquellos que anteponían sus ambiciones a la vida de la patria, como confesó en una carta:



José María Espinosa, *Francisco de Paula Santander*.
Museo Nacional de Colombia.

1o. La América es ingobernable para nosotros. 2o. El que sirve una revolución ara en el mar. 3o. La única cosa que se puede hacer en América es emigrar. 4o. Este país caerá infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada, para después pasar a tiranuelos casi imperceptibles, de todos colores y razas. 5o. Devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad, los europeos no se dignarán conquistarnos. 6o. Si fuera posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, este sería el último período de la América.¹⁴

La situación se agravó con la guerra entre Colombia y Perú en 1829, y con la rebelión del general José María Córdova en la Nueva Granada. En 1830, Venezuela, bajo el liderazgo de Páez, se separó definitivamente de la Gran Colombia, seguida poco después por Ecuador, que se proclamó independiente bajo el liderazgo del general Juan José Flores. El sueño de la unidad, saboteado desde dentro, se había hecho añicos.

Agotado, enfermo de tuberculosis y desilusionado, Bolívar renunció a la presidencia en 1830 y se dispuso a marchar al exilio en Europa. En su último viaje por el río Magdalena, recibió la noticia del asesinato de su amigo y lugarteniente, el mariscal Antonio José de Sucre, un golpe que terminó de abatir su espíritu. En Sucre veía al sucesor ideal, al hombre que podría haber continuado su obra.

El 17 de diciembre de 1830, en la quinta de San Pedro Alejandrino, cerca de Santa Marta, Simón Bolívar, el Libertador de América, murió a los 47 años, en la pobreza y el olvido. Su médico personal, Alejandro Próspero Révérend, lo atendió en sus últimos días, dejando un detallado diario de su agonía.

En su última proclama, dirigida a los colombianos, Bolívar lamentó las divisiones que habían destruido su obra: “Colombianos: Mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la Unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro”.¹⁵

¹⁴ Carta de Bolívar al general Juan José Flores, Barranquilla, 9 de noviembre de 1830, en John Lynch, *op. cit.*, p. 368.

¹⁵ “Simón Bolívar, libertador, presente, etc., a los colombianos”, 10 de diciembre de 1830, p. 301.



E. Yepes, *La muerte del Libertador*.
Casa Museo Quinta de Bolívar, Colombia.

Las famosas palabras que Bolívar le escribió a Juan José Flores, “el que sirve una revolución ara en el mar”, más que un signo de derrota, reflejan la profunda tristeza de un visionario que, a pesar de haber alcanzado la gloria, vio cómo sus sueños de una América justa y unida se veían frustrados por la traición y la anarquía sembrada por intereses mezquinos. Pese al final de su vida, su legado revolucionario perdura. Su figura se convirtió en un símbolo de la lucha por la libertad y la unidad de América Latina, y su pensamiento político sigue siendo una fuente de inspiración. La historia de su vida es la de un hombre que cambió para siempre el destino de un continente.

Conclusión: el legado inmortal del Libertador

La vida de Simón Bolívar se extinguió en San Pedro Alejandrino, pero su presencia histórica apenas comenzaba. Aunque vio su creación más preciada, la gran República de Colombia, desintegrarse por las ambiciones de las élites locales, y aunque murió lejos del poder que había ostentado, sus logros sentaron las bases imperecederas de un nuevo continente. El colapso de su sueño de unidad no fue producto de un fracaso personal, sino de la resistencia de las viejas estructuras de poder oligárquico que se oponían a una transformación social profunda y a un proyecto de soberanía continental. Su último suspiro no fue el de un hombre derrotado, sino el de un visionario cuya obra fue sabotada, pero cuya siembra comenzaría a germinar en las generaciones futuras.

El verdadero legado de Bolívar no reside en un mapa que no pudo ser, sino en la vigencia y la contundencia de sus principios revolucionarios. Su obra magna fue la ruptura definitiva con el Imperio español y la fundación de repúblicas soberanas basadas en la voluntad popular, un golpe mortal al colonialismo y al principio monárquico en América. Su lucha incansable por la abolición de la esclavitud, un compromiso que selló con el presidente haitiano Pétiou, lo sitúa como uno de los más grandes precursores de la justicia social y los derechos humanos en el hemisferio. Y su visión de unidad continental, materializada en la Gran Colombia y pro-

yectada en el Congreso de Panamá, sigue siendo el horizonte por el cual luchan los pueblos de nuestra América. Lejos de la amargura, su esperanza por este proyecto quedó plasmada en sus escritos: “Yo deseo más que alguno ver formar en América la más grande Nación del mundo, menos por su extensión y riqueza que por su libertad y gloria”.¹⁶

Al morir despojado de poder, Bolívar se transformó de hombre a mito, pero un mito vivo y combatiente. Su nombre fue a menudo silenciado por las oligarquías que se repartieron el poder en las repúblicas recién fundadas, pues su proyecto de igualdad y unidad era una amenaza para los privilegios de clase que ellas buscaban perpetuar. Sin embargo, su pensamiento resurgió con fuerza en los momentos más lúcidos de la historia latinoamericana. Su figura fue reivindicada por pensadores de la talla de José Martí, quien vio en él al padre de las ideas de una segunda y definitiva independencia. Ya en tiempos más recientes, su espada y su ideario han sido enarbolados por líderes y movimientos populares que han luchado por hacer realidad su sueño de una América soberana, unida y dueña de su propio destino.

La historia de Simón Bolívar es, en última instancia, la del triunfo de un ideal revolucionario que trasciende a su propia vida. Fue el “hombre de las dificultades” que superó lo imposible en el campo de batalla y sentó las bases de un nuevo orden político y social. Su legado no es una pregunta, sino una afirmación; no es la crónica de un fracaso, sino el manual para la victoria de los pueblos. Sus principios, proclamados con espíritu visionario en el Discurso de la Angostura, siguen siendo el programa político de la América Latina de nuestra época: “El gobierno republicano ha sido, es y debe ser el de Venezuela; sus bases deben ser la soberanía del pueblo, la división de los poderes, la libertad civil, la proscripción de la esclavitud, la abolición de la monarquía y de los privilegios”.

Esa es la esencia de su gloria inmortal y la tarea histórica que ha legado a nuestro continente.



¹⁶ Simón Bolívar, *Carta de Jamaica*, p. 117.



Pedro José Figueroa, *Simón Bolívar Libertador y Padre de la Patria*, 1819.
Casa Museo Quinta de Bolívar, Colombia.

Cronología de la vida de Simón Bolívar

“Tiempo de ambición”: la forja de un revolucionario (1783-1810)

- 1783 (24 de julio):** Nace Simón Bolívar en Caracas, en el seno de una de las familias más ricas de la aristocracia criolla.
- 1785:** Muere su padre, Juan Vicente Bolívar y Ponte.
- 1792:** Muere su madre, María de la Concepción Palacios y Blanco, dejándolo huérfano a los nueve años.
- 1799:** Es enviado a España para continuar su educación.
- 1802:** Se casa en Madrid con María Teresa Rodríguez del Toro y Alayza y regresa con ella a Venezuela.
- 1803:** María Teresa muere de fiebre amarilla, un evento que marca un punto de inflexión en la vida de Bolívar.
- 1804:** En París, presencia la coronación de Napoleón Bonaparte, lo que le provoca una mezcla de admiración y repulsión.

1805 (agosto): En el Monte Sacro de Roma, junto a su maestro Simón Rodríguez, pronuncia su famoso juramento de no descansar hasta liberar a América del dominio español.

1807: Regresa a Venezuela, encontrando un ambiente de creciente agitación política.

1810 (19 de abril): Miembros del cabildo de Caracas deponen al Capitán General español, creando la primera junta de gobierno autónoma. Bolívar es enviado en misión diplomática a Londres.

“Tiempo de libertad”: la guerra a muerte y la creación de Colombia (1811-1821)

1811 (5 de julio): El Congreso de Venezuela, impulsado por Bolívar y Francisco de Miranda, declara la independencia absoluta de España, naciendo la Primera República.

1812: Un terremoto devasta las ciudades patriotas. La Primera República colapsa ante el avance realista, y Miranda capitula. Bolívar participa en el controvertido arresto de Miranda y se exilia en Cartagena.

1812 (diciembre): Publica el *Manifiesto de Cartagena*, donde analiza las causas del fracaso de la República.

1813: Emprende la “Campaña Admirable”. En Trujillo, decreta la “guerra a muerte” contra los españoles.

1813 (agosto): Entra triunfalmente en Caracas, donde es aclamado como el “Libertador” y se establece la Segunda República.

1814: La Segunda República es destruida por el avance de las fuerzas realistas de José Tomás Boves. Bolívar lidera la “emigración a Oriente” y se ve forzado a un nuevo exilio.

1815 (septiembre): En su exilio en Jamaica, redacta la célebre *Carta de Jamaica*, un documento visionario sobre el futuro de América.

1819 (febrero): Instala el Congreso de Angostura y pronuncia un discurso fundamental para la organización de la nueva república.

1819 (agosto): Lidera el heroico Paso de los Andes y logra una victoria decisiva en la Batalla de Boyacá, asegurando la independencia de la Nueva Granada.

1819 (diciembre): El Congreso de Angostura crea la República de Colombia (conocida como la Gran Colombia), uniendo a Venezuela y Nueva Granada.

1821 (24 de junio): Comanda al ejército patriota en la Batalla de Carabobo, victoria que sella definitivamente la independencia de Venezuela.

“Tiempo de gloria”: la conquista del Sur y el sueño de la unidad americana (1822-1826)

1822 (24 de mayo): Sucre, su lugarteniente, gana la Batalla de Pichincha, liberando Quito (Ecuador). Bolívar conoce a Manuela Sáenz.

1822 (julio): Se reúne con el general José de San Martín en Guayaquil. Tras el encuentro, San Martín se retira de la vida pública.

1824 (9 de diciembre): El ejército patriota, bajo el mando de Sucre, destroza al último gran ejército español en la Batalla de Ayacucho, sellando la independencia de Sudamérica.

1825: El Alto Perú se declara independiente y adopta el nombre de Bolivia en su honor. Bolívar redacta su Constitución.

1826: Convoca al Congreso Anfictiónico de Panamá en un intento de crear una confederación de naciones hispanoamericanas.

“Tiempo de traición”: la desintegración de un sueño y el ocaso del Libertador (1827-1830)

1826: Estalla la rebelión de José Antonio Páez en Venezuela (“La Co-siata”), iniciando la desintegración de la Gran Colombia.

1828: Fracasa la Convención de Ocaña, convocada para salvar la unión. Bolívar asume poderes dictatoriales.

1828 (25 de septiembre): Sobrevive a un intento de asesinato en Bogotá (la “noche septembrina”) gracias a la intervención de Manuela Sáenz.

1830: Venezuela y Ecuador se separan formalmente de la Gran Colombia.

1830: Agotado y enfermo, renuncia a la presidencia con la intención de exiliarse. En el camino, recibe la noticia del asesinato de Sucre.

1830 (17 de diciembre): Muere de tuberculosis en la quinta de San Pedro Alejandrino, en Santa Marta, a los 47 años.



Fuentes consultadas

- BOLÍVAR, Simón, *Carta de Jamaica*, México, INEHRM, 2021, disponible en: <https://inehrm.gob.mx/recursos/Libros/Carta_de_jamaica%20.pdf>. (Consultado: 27/08/2025).
- , “Manifiesto de Cartagena. Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada por un caraqueño”, *Procesos Históricos. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, Mérida, Venezuela, Universidad de Los Andes, núm. 21, enero-junio, 2012.
- , *Proclamas y discursos del Libertador*, Caracas, Ministerio del Poder Popular para la Cultura, 2007.
- , “Discurso de Bolívar en la Sociedad Patriótica de Caracas, 3 de julio de 1811”, en Simón Bolívar, *Proclamas y discursos del Libertador*, Caracas, Ministerio del Poder Popular para la Cultura, 2007, p. 342.
- , “Simón Bolívar, Brigadier de la Unión, General en jefe del ejército del norte, libertador de Venezuela, a los venezolanos”, en Simón Bolívar, *Proclamas y discursos del Libertador*, Caracas, Ministerio del Poder Popular para la Cultura, 2007, pp. 163-165.
- , “Discurso Pronunciado ante el Congreso, en Angostura, el 15 de febrero de 1819”, en Simón Bolívar, *Proclamas y discursos del Libertador*, Caracas, Ministerio del Poder Popular para la Cultura, 2007, pp. 79 y 80.
- , “Discurso con que acompañó el proyecto de Constitución que redactó para la República de Bolivia”, en Simón Bolívar, *Proclamas y discursos del Libertador*, Caracas, Ministerio del Poder Popular para la Cultura, 2007, p. 124.

- , “Simón Bolívar, libertador, presente, etc., a los colombianos”, 10 de diciembre de 1830, en Simón Bolívar, *Proclamas y discursos del Libertador*, Caracas, Ministerio del Poder Popular para la Cultura, 2007, p. 301.
- Cartas Santander-Bolívar 1823-1825*, tomo IV, Bogotá, Biblioteca de la Presidencia de la República, 1988.
- DÍAZ, José Domingo, *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 2011.
- LYNCH, John, *Simón Bolívar*, Barcelona, Crítica (Biblioteca de Bolsillo), 2010.
- MASUR, Gerhard, *Simón Bolívar*, Bogotá, Fundación para la Investigación y la Cultura, 2008.
- Memorias del General O’Leary, tomo primero*, Caracas, Imprenta de El Monitor, [1879].
- PERÚ DE LACROIX, Luis, *Diario de Bucaramanga*, Caracas, Ministerio del Poder Popular para la Comunicación y la Información, 2009.
- ROBERT, Harvey, *Los Libertadores: La lucha por la independencia de América Latina 1810-1830*, Barcelona, RBA, 2002.



EDUARDO ADÁN OROZCO PIÑÓN

SIMÓN BOLÍVAR:
LA **GLORIA** Y LA **TEMPESTAD**

fue editado por el

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO Y LA
SECRETARÍA DE CULTURA DEL ESTADO DE GUERRERO

Se terminó en agosto de 2025.

SERIE ESTAMPAS DE LA INDEPENDENCIA



Cultura
Secretaría de Cultura



Instituto Nacional de
Estudios Históricos de las
Revoluciones de México